

“Yo había ocupado ya otros varios cuartos, y de cuando en cuando oía algún ruido hecho por los presos de arriba y de abajo, mientras que en el número 4 del Condado, solo lo oía por encima y nunca por debajo. Estaba seguro, sin embargo, de que el cuarto inferior estaba ocupado, por lo cual esa falta de ruido me hacía una impresión extraordinaria, sin saber á qué atribuir ese misterio. Mi pensamiento fijado sin cesar en mi proyecto de evasión, me estimuló á decir á mi cofrade, que me proponía ver, á la vuelta de la misa, el cuarto de nuestro vecino, lo cual le suplicaba que me facilitase, envolviendo su estuche en su pañuelo, y dejando caer éste, al regresar de la capilla, cuando llegare al segundo piso, para que rodando el estuche por la escalera, tuviera ocasión de rogar al llavero que se lo recogiera. Así se verificó. Mientras el llavero, llamado *Daragon*, corría tras del estuche, subo yo corriendo, estiro el cerrojo, abro la puerta del 3, observo la altura del techo, distante unos diez piés y medio del suelo, vuelvo á echar el cerrojo, cuento treinta y dos escalones de este cuarto al mío, y calculando la distancia que los separa encuentro una diferencia de cinco piés y medio. Como la bóveda no era de piedra, deduzco la consecuencia de que el techo no podía tener cinco piés y medio de espesor, porque el peso entonces habría sido enorme, y que por lo mismo debía haber allí un tambor, ó sean dos techos con una separación entre sí de cuatro piés.

“Dije á mi compañero con alegría, en razón de que un momento antes creía que estábamos perdidos:—Amigo mío, no desesperemos: con paciencia y valor escaparemos de aquí. Hé aquí mi cálculo. Seguramente hay un tambor entre el cuarto número 3 y el nuestro.—Mi amigo me contestó sin mirar mi papel:—Y qué? aun cuando estuvieran todos los tambores del regimiento de guardias francesas, de qué nos servirían para nuestra fuga?—Yo repliqué:—Para nada necesitamos á todos esos tambores: lo que quiero decir es que, si hay dos techos, como creo, entre los cuartos números 3 y 4, donde esconder nuestras cuerdas y todos los demás materiales indispensables, os respondo de que nos escaparemos.—Mas para esconder nuestras cuerdas en ese supuesto tambor, sería preciso tenerlas, y no existen, á lo que se agrega que nos es imposible formar una que pase de diez piés.—Por lo que hace á las cuerdas, no os inquieteis, pues en ese baúl hay una de mas de mil piés.—Como al hablarle estaba yo de lo mas gozoso, me miró fijamente y me dijo:—Creo, á fé mia, que habeis perdido hoy el juicio. Sé tan bien, como vos, lo que teneis guardado en ese baúl; y cuando me consta que no hay cuerda alguna, me salís con que existe una de mas de mil piés.—Y os lo repito: en ese baúl hay trece docenas y media de camisas, dos docenas de medias, tres de servilletas, y además gorros de dormir, pañuelos, &c. Ese material es mas que suficiente para fabricar una cuerda del tamaño espesado.—No lo niego; pero con qué quitaremos las rejas de fierro de nuestra chimenea? Para hacer cualquier cosa necesitamos instrumentos, y con solo nuestras manos nos será imposible realizar empresa de tanta entidad.—

“Amigo mío, la mano es el primero de todos los instrumentos: todos los construye; y dirigida por la inteligencia, para todo sirve. ¿Veis esas dos bisagras de fierro que sostienen nuestra mesa coja? Pues yo pondré un mango á cada una, y les sacaré filo, amolándolas con un ladrillo. Tenemos además un eslabon, y rompiéndolo de cierta manera, en ménos de dos horas lo convertiré en una buena navaja, con la que haré los dos mangos y otras mil cosas. Os aseguro por lo mismo, que con esas bisagras conseguiré quitar todas las rejas de fierro; y puesto que los deshollinadores suben á las chimeneas, mi vida apuesto á que yo subiré también.

“Todo el día pasamos en estas pláticas, y luego que acabamos de cenar, quitamos de nuestra mesa una bisagra de fierro, con la que levantamos un ladrillo del techo, el que minamos en ménos de seis horas, descubriendo con gran satisfacción nuestra, que había dos á cuatro piés de distancia uno de otro.

“Desde aquel instante miramos nuestra evasión como segura, y volvimos á colocar en su lugar el ladrillo, sin que se conociera que se le había levantado. Al día siguiente rompí el eslabon, con el que hice una navaja, instrumento que nos sirvió para fabricar los mangos de las bisagras, á las que sacamos filo. En seguida deshilamos dos de nuestras camisas, sacando hebra por hebra, después de descoserlas con todo y orlas, y formamos con aquellas cierto número de pelotas que luego redujimos á dos grandes, compuesta cada una de cincuenta hebras de sesenta piés de largo. Nos pusimos á trenzarlas y fabricamos una cuerda de cincuenta y cinco piés, con la que hicimos una escala de veinte. Terminada esta, emprendimos lo mas difícil, que era quitar las rejas de fierro de nuestra chimenea, para lo cual atamos de ellas en la noche nuestra escala de cuerda, y parados en los escalones, nos sosteníamos en el aire el tiempo que tardábamos en linar las puntas. En ménos de seis meses las pusimos en estado de quitar las rejas, que dejamos en su lugar, dispuestas ya para sacarlas todas en un instante. La operación fué tan trabajosa, que siempre bajábamos con las manos ensangrentadas, y era tan molesta la postura, que no podíamos trabajar mas que una hora sin relevarnos. A cada paso necesitábamos echar un buchete de agua en los agujeros para ablandar la cal en que estaban enterradas las rejas, dándonos de santos, cuando en una noche entera habíamos logrado rebajar el espesor de una línea.—Concluida también esta tarea, hicimos una escala de madera de veinte á veinte y cinco piés de largo, para subir del foso al parapeto en que están apostados los soldados de guardia, y pasar de allí al jardín del gobernador. Como nos daban todos los días varios leños para calentarnos, de diez y ocho á veinte piés de largo, los empleamos en formar una escala con veinte escalones.

“También necesitábamos poleas y otras muchas cosas, y nuestras dos bisagras no servían para eso, ni ménos aún para aserrar la madera. En ménos de dos horas, de un candelerero de fierro que teníamos, hice con el pedazo sobrante del eslabon una excelente sierra, con la que me hubiera comprometido á aserrar en

“ménos de un cuarto de hora, un leño del grueso de mis muslos. Nos servíamos del mismo eslabón roto, de la sierra y de las bisagras para adelgazar los leños, para pulirlos, para abrir dos agujeros para cada escalon, y dos clavijas para apretarlos. A medida que acabábamos y perfeccionábamos un pedazo de nuestra escala, lo escondíamos entre los dos techos.

“Con los propios instrumentos fabricamos un compas, una escuadra, una regla, un devanador, poleas, escalones, &c. &c.

“Como durante el día entraban en nuestro cuarto oficiales y llaveros, cuando ménos lo pensábamos, no solamente teníamos que ocultar nuestros utensilios, sino hasta el aserrin y birutas que caían al suelo, pues lo mas insignificante habría bastado para vendernos. Sabíamos ademas, que los muy señores nuestros solian esecuchar, como quien no quiere la cosa, lo que dicen los presos, aplicando el oído á los agujeros practicados en los techos; y para evitar toda sorpresa, bautizamos á cuanto nos servia, llamando por ejemplo á la sierra *fauno*; al devanador, *anubis*; á las bisagras, *tubalcain*; al agujero hecho en nuestro techo para esconder nuestros chismes en el tambor, *polifemo*, nombre alusivo al ciclope de la fábula, de que tanto han hablado los antiguos; á la escala de cuerda, *Jacob*, en recuerdo de la que menciona la Sagrada Escritura; á los escalones, *vástagos*; á las cuerdas, *palomas*, por su blancura; á mi pelota de hilo, un *hermanito*; al pedazo de eslabon que servia de navaja ó cuchillo, *tus-tus*, &c. &c. Cuando entraba alguno en nuestro cuarto, si habíamos olvidado algo, el mas lejano decia al mas cercano el nombre de la cosa, es decir, *fauno*, *anubis*, *tubalcain*, *Jacob*, &c. El otro, que entendia lo que esto significaba, escondia lo que debia estar oculto, y siempre estábamos alerta.

“La escala de madera que hicimos, no tenia mas que un brazo y de veinte á veinte y cinco piés de largo; y como se componia de veinte escalones de quince pulgadas de diámetro, por cada lado le sobraba á cada uno seis pulgadas. A lo largo de la escala habíamos atado los escalones con sus clavijas, de modo que no pudiera haber equivocacion al subirla en la oscuridad.

“Cuando la escala estuvo concluida y probada, la escondimos en *polifemo*, ó sea entre los dos techos.

“Nos ocupamos luego en hacer las cuerdas de la escala grande, que tenia ciento ochenta piés de largo. Deshilamos nuestras camisas, nuestras servilletas, nuestros gorros de dormir, nuestras medias, nuestro calzado, nuestros calzones, nuestros pañuelos, &c. En cuanto habíamos formado una pelota de cierto tamaño, la ocultábamos en el tambor, de miedo de ser sorprendidos. Cuando tuvimos ya un buen repuesto de madejas, trenzamos de noche la magnífica cuerda, blanca como la nieve; y me atrevo á decir, que un cordelero no la habría hecho mejor.

“Al rededor de la Bastilla habia un bordo saliente de tres á cuatro piés. Estábamos ciertos de que á cada escalon que bajáramos, oscilaria la escala de un lado á otro, siendo muy probable que nos desvaneceríamos. Para impedir que

“uno de los dos cayera y se matara, fabricamos otra cuerda, de cerca de trescientos sesenta piés de largo, con el objeto de pasarla por una polea que habíamos hecho, polea sin rueda, para evitar que la cuerda se atorara entre la cuerda y las orillas de la polea, y que uno de nosotros quedara colgado en el aire, sin poder seguir bajando. A mas de las dos cuerdas espesadas, hicimos otras varias de menor tamaño, para amarrar nuestra escala á un cañon, y para otras necesidades imprevistas.

“Cuando todas esas cuerdas estuvieron acabadas, las medimos, resultando que llegaban á mil cuatrocientos piés. Luego construimos doscientos ocho escalones, tanto para la escala de cuerda, como para la de madera, y para evitar que hicieran ruido los de la primera, al bajarlos, pegando contra la pared, hicimos un forro para cada uno con los de nuestras batas, chupas y chalecos.

“Trabajamos dia y noche durante diez y ocho meses, en preparar todos nuestros materiales.

“Con nuestros cobertores forramos nuestras dos barretas de fierro, que debian servirnos para taladrar la pared.

“Se acaba de ver todo lo que era indispensable para subir por nuestra chimenea á las torres de la Bastilla, para bajar á los fosos, para subir al parapeto, para pasar al jardin del gobernador, y de allí al gran foso de la puerta de San Antonio, lugar en que debíamos encontrarnos en libertad. Debíamos escoger una noche tempestuosa, lluviosa, sin luna; pero temíamos la terrible desgracia de que lloviera desde las cinco de la tarde hasta las nueve ó diez de la noche, serenándose luego el tiempo. Como entónces todos los centinelas se paseaban al rededor de la Bastilla, de un puesto á otro, perdíamos todo nuestro trabajo, todos nuestros materiales; y para que la escena fuera mas patética, para consolarnos, nos meterian en el calabozo, en el que permaneceríamos estrechamente vigilados, mientras la marquesa de Pompadour durara en la corte. Este temor nos inquietaba mucho. Yo encontré medio de evitar este contratiempo: recordé á Alègre, mi compañero de infortunio, que desde que se habia levantado la pared que separa la casa del gobernador del jardin, se habia desbordado el Sena por lo bajo mas de trescientas veces, disolviendo en cada una el agua la sal contenida en el barro, por lo ménos en una línea de espesor; y que por consiguiénte nos seria fácil abrir por allí un agujero para salir sin peligro alguno. Hice comprender á Alègre que lo lograríamos, arrancando una varilla de nuestras camas, á la que pondríamos un buen mango en figura de cruz, para que nos sirviera de birola con que abrir agujeros en el yeso que une las piedras de la pared, é introduciendo las puntas de las dos barretas de fierro que tomaríamos de nuestra chimenea, era evidente que entre ambos haríamos un esfuerzo de mas de cien quintales por razon de la palanca, sin que hubiera dificultad en taladrar dicha pared, situada entre el foso de la Bastilla y el de la puerta de San Antonio. Habia un millon de veces menos peligro en emplear este arbitrio que el otro, en lo cual convino mi compañero, diciéndome que si este me-

“dio no surtia efecto, recurriríamos al primero. Forramos, pues, nuestras dos barretas de fierro, y convertimos en birola una varilla de una de nuestras camas. Arreglado todo, resolvimos acometer la empresa el siguiente dia, que era el miércoles 25 de Febrero de 1756, víspera del juéves de Carnestolendas. El rio estaba desbordado, y habia de tres á cuatro piés de agua en el foso de la Bastilla, y en el de la puerta de San Antonio.

“A mas de mi baúl, tenia yo una maleta de cuero ó piel de becerro; y como era seguro que nos mojaríamos los vestidos que llevábamos puestos, metimos en ella uno completo para cada uno, acabando de llenarla con lo mejor que nos quedaba. El dia siguiente, apénas nos sirvieron nuestra comida, armamos los escalones de nuestra gran escala de cuerda, que escondimos luego debajo de nuestras camas, para que no la viera el llavero al meternos la cena. Seguidamente dispusimos nuestra escala de madera en tres fracciones, y envolvimos en varios paquetes el resto de las demas cosas necesarias, bien seguros de que, segun la costumbre, no irian en la tarde á visitarnos ni á practicar registros, antes de las cinco. Habiamos ya atado las dos barretas de fierro que necesitábamos para agujerar la pared, y metídlas en sus forros para que no hicieran ruido al bajarlas. Cuidamos de llevar una botella de licor para calentarnos y cobrar fuerzas, si teniamos que trabajar con el agua hasta el pescuezo. Muy útil nos fué este socorro, sin el que no hubiéramos podido permanecer mas de nueve horas en una agua helada.

“Habiamos llegado al momento mas peligroso. No bien nos llevaron nuestra cena, cuando á pesar de un reumatismo en el brazo izquierdo, me puse á trepar por la chimenea, costándome inmenso trabajo llegar hasta arriba. Poco faltó para que me ahogaran los miasmas del sebo, por mi ignorancia de las precauciones que toman los deshollinadores. No llevaba cachirulos ni en las rodillas ni en los codos, que se me desollaron: me escurria sangre por las manos y por las piernas. Llegado por fin á lo alto de la chimenea, me monté á caballo, y descolgué un largo hilo que llevaba en la bolsa, teniéndolo por la punta. En la opuesta ató mi compañero una cuerda, de la que pendia mi maleta. Subida esta, la desaté y la eché sobre la plataforma de la Bastilla: volví á descolgar la cuerda, á la que amarró Alègre la escala de madera; y de la misma suerte subieron las dos barretas de fierro y todos los demas paquetes que necesitábamos. Arriba ya todo, eché de nuevo la cuerda para subir la escala, de la que quité lo superfluo, no dejando dentro de la chimenea sino lo muy preciso para que trepara mi compañero, y suspendiendo la operacion en cuanto me hizo seña con tal objeto. Entónces, con una gruesa clavija que habiamos preparado expresamente, que introduje en la cuerda, y que coloqué sobre el tubo de la chimenea, subió Alègre con la mayor facilidad. Sacamos completamente la escala: la descolgamos por el lado opuesto, y bajamos juntos á la plataforma de la Bastilla.

“Dos caballos no hubieran podido cargar con todo aquello. Comenzamos por

“enrollar nuestra escala de cuerda, que formó un envoltorio de cuatro piés de alto y uno de grueso, y lo hicimos rodar sobre la torre llamada del *Tesoro*, que nos habia parecido la mas á propósito para la bajada. Atamos bien la escala á un cañon, dejándola caer luego poco á poco para el foso: despues amarramos nuestra polea, por la que pasamos la cuerda que tenia trescientos sesenta piés de largo.

“Despues de llevar todos nuestros paquetes sobre la torre del *Tesoro*, me até perfectamente por debajo de los brazos con la cuerda de la polea: me paré en la escala, y á medida que iba bajando yo, soltaba mi compañero mas cuerda. A pesar de esta precaucion, á cada escalon que bajaba, parecia mi cuerpo una pelota en el aire. Si hubiera sido de dia, creo que de mil personas que me hubieran visto columpiarme así, ni una sola habria dejado de pedir á Dios que no me matara yo al caer. En fin, descendí sano y salvo al foso. En el acto me bajó mi compañero mi maleta que pué al pié de la torre, porque habia allí una pequeña eminencia á la que no llegaba el agua del foso. Por su turno fueron llegando las dos barretas de fierro, la escala de madera y todo lo demás. Seguidamente se ató Alègre á su vez por la mitad del cuerpo con la cuerda de la polea, cuya longitud era dupla de la altura de la torre. Al poner el pié en la escala, tuve la precaucion de pasar una pierna por entre dos escalones, para evitar que se estuviera columpiando, hasta que llegó abajo mi cofrade, á quien desaté en el acto.

“Entretanto, como no llovia, el centinela se paseaba por el corredor ó parapeto, á seis toesas de distancia, cuando mas, de nosotros. Su presencia nos impidió subir al corredor, para pasar de allí al jardin, por lo que nos vimos obligados á servirnos de nuestras barretas, que era el arbitrio mas seguro. Yo me eché una al hombro con la birola, y mi compañero la otra, sin olvidarme de meterme en la bolsa la botella de licor, cuya falta nos hubiera hecho sucumbir. Nos encaminamos á la pared que separa el foso de la Bastilla del de la puerta de San Antonio, entre la casa del gobernador y el jardin. En aquel lugar habia habido otro pequeño foso de una toesa de ancho y uno ó dos piés de profundidad. Como el rio estaba desbordado, nos llegaba el agua hasta las arcas, en aquel lugar, precisamente á causa de ése antiguo foso. En el momento mismo en que con la birola iba yo á hacer un agujero en el yeso que habia entre dos piedras, para introducir nuestras barretas, pasó la ronda mayor con un gran farol, á diez ó doce pasos á lo mas arriba de nuestras cabezas. Para evitar el que nos descubriera, nos sumimos en el agua hasta la barba. Pasada la ronda, poco tardé en abrir con mi birola dos agujeros en el yeso, y en quitar con las barretas una piedra grande; verificado lo cual, no vacilé en asegurar á Alègre un éxito feliz. Metidos hasta el pescuezo en agua helada, teniamos frio; para calentarnos, dimos unos tragos de licor; en seguida emprendimos sacar otra piedra, que cedió á nuestros esfuerzos con la misma facilidad.

“Ibamos á proseguir con la tercera, cuando pasó otra ronda, que nos obligó á

“sumirnos por segunda vez con el agua hasta la barba, operacion que tuvimos
“que repetir cuantas ocasiones pasaron aquellas á diez ó doce piés arriba de nues-
“tras cabezas. Antes de las doce las piedras quitadas formaban ya dos monto-
“nes.

“Lo que voy á decir es la pura verdad, y no un chiste. Habiendo oído que
“el centinela venia á pasearse por encima de nosotros, los escombros que habia-
“mos aglomerado debajo del agujero, nos precisaron á sumirnos en el agua por
“detrás. El centinela se paró precisamente arriba de donde estábamos, por lo
“cual temimos que hubiese visto ú oído algo, y nos dimos por perdidos; pero un
“instante despues sentí que me mojaba la cabeza. Empapado mi gorro, lo tiré
“al foso, y me lavé bien el pelo. Bebimos otro poco de licor para calmar el sus-
“to y reanimar nuestras fuerzas. Méns miedo habíamos tenido á la muerte al
“bajar por la escala, que al tal centinela. Por último, en méns de ocho horas y
“media agujeramos la pared, que tiene, según el mayor, cuatro piés y medio de
“grosso. Al punto dije á mi compañero que pasara al otro lado, y que si por
“desgracia me sucedia algo, al ir por la maleta que habia dejado al pié de la tor-
“re del *Tesoro*, se escapara al menor ruido. Por fortuna nada me aconteció: vol-
“ví con la maleta que pasé por el agujero, y despues lo verifiqué yo, abandonan-
“do sin pesar, todos los utensilios que tanto trabajo nos habian ocasionado.

“Estando ya ambos en el foso grande de la puerta de S. Antonio, nos creímos
“fuera de peligro, y cojimos la maleta entre Alègre y yo, de una punta cada
“uno, para atravesar el foso y tomar el camino de Bercy. Apénas habíamos an-
“dado veinte pasos, cuando caimos ambos á la vez, en el acueducto que queda
“enmedio del propio foso, cubriéndonos la agua lo méns á diez piés arriba de la
“cabeza. Mi compañero, en vez de dirigirse á la otra orilla, lo que era fácil, por
“no tener el acueducto mas que seis piés de ancho, suelta la maleta para agar-
“rarse de mí, que estaba metido en el lodo hasta las rodillas. Sintiéndome coger,
“le dí un fuerte puñetazo que lo obligó á soltarme, y al mismo tiempo me agar-
“ré del otro lado del acueducto. Metiendo el brazo en la agua, cojí á mi com-
“pañero del pelo, y lo saqué á donde yo estaba, colocándolo de modo que le que-
“dara la cabeza fuera de aquella, para que pudiera respirar sin tragarla. Díjele
“que se estuviera allí firme sin menearse, y fui á recoger mi maleta, que andaba
“sobrenadando. En aquel lugar fué donde estuvimos positivamente fuera de
“peligro: allí donde terminó aquella terrible noche. A treinta pasos de distan-
“cia hay una subida en la que estuvimos á pié enjuto; y abrazándonos, nos arro-
“dillamos para dar gracias á Dios por la gracia que acababa de otorgarnos, de no
“haber caido ni matádonos al bajar por la escala de cuerda, así como por la li-
“bertad que acabábamos de alcanzar.

“Nuestra escala de cuerda era tan exacta, que no tenia un pié de mas ni de
“méns. Tomando las medidas de antemano, á la mitad del dia, desde arriba de
“las torres de la Bastilla, no se hubiera tenido mayor exactitud que la que con-
“seguí por medio de las matemáticas. Tan bien arreglado estaba todo, que no

“se habia enredado parte alguna de la cuerda. Los vestidos que llevábamos es-
“taban hechos una sopa, accidente que habia yo previsto, según insinué ántes,
“poniendo para remediarlo ropa en la maleta de cuero, con camisas sucias enci-
“ma, y dispuesto todo de manera que no habia podido entrar agua.

“Con tanto mover y sacar piedras del agujero que habíamos hecho, nos habia-
“mos desollado las manos. Lo que costará trabajo creer es que teníamos méns
“frio cuando estábamos sumidos dentro del agua hasta el pescuezo, que cuando
“estuvimos enteramente fuera, pues entónces nos pusimos á temblar como azo-
“gados, y se nos acalabraron las manos. Yo tuve que servir de ayuda de cá-
“mara á mi cofrade para desnudarlo y vestirlo, prestándome él en seguida igual
“servicio. Las cinco daban al subir la rampa del foso, para entrar en el cami-
“no real.”

XIII.

Vuelta de Latude á la Bastilla.—Nuevas y horrosas torturas.—Parte del médico encargado de
visitarlo.—Latude y M. de Sartine.—Fin de los sufrimientos de Latude.

Libres por fin Latude y Alègre, tomaron un coche para ir á casa de Mr. de
Silhouette, canceller del duque de Orleans, de quien el caballero era conocido,
y del que estaba seguro que le recibiria bien, por ser amigo de su padre. El
canciller estaba en Versalles; mas por fortuna un sastre, llamado Rouit, á quien
tambien conocia Latude, consintió en darles hospitalidad.

Despues de pasado un mes en el cuarto en que los escondió el buen hombre,
miéntras cesaban las pesquisas de que no podian méns de ser objeto, los dos fu-
gitivos resolvieron pasar á Holanda. Alègre se fué primero, por temor de esci-
tar sospechas viajando juntos. Convinieron en reunirse en Bruselas, de donde
debía escribir el mismo Alègre al sastre Rouit, una carta firmada con un nombre
supuesto, que no contuviera mas que cosas insignificantes, entre las que se inter-
calarian las señas de la hostería en que se alojara. Llegada la carta, partió La-
tude; pero Alègre habia sido ya descubierto y aprehendido, y el caballero, al en-
trar en Bruselas, no escapó de la propia suerte sino por milagro.

Entónces se dirigió á toda prisa á Amsterdam, donde hubiera podido vivir tran-